

mayor parte de las ⁴ferzas de la liga, persiguió al otro lado del Elba al Príncipe sajón que estaba todavía en campaña. Pero como los estados del infeliz Federico ardian en disensiones civiles y domésticas, eran muy pocas las tropas que podía sacar de ellos, y no le quedaban mas que las reliquias del ejército de los confederados, tan miserable entonces como brillante en otro tiempo. Habiendo proscrito el Emperador á este elector y al landgrave de Hesse, como cabezas de la sublevacion, habia dado la investidura del electorado al Príncipe Mauricio, primo hermano del primero, aunque inficionado del mismo modo que Federico con los errores del luteranismo; y persuadiéndose el nuevo elector, por el interés que en ello tenia, que la empresa de Carlos V no era guerra de religion, se habia apoderado de lo mejor de Sajonia talando todo aquel pais.

42. Despues de haber perseguido mucho tiempo el Emperador al elector Federico de ciudad en ciudad y de puesto en puesto, le sorprendió por último cerca del castillo de Mulberga en Misnia, cuando se figuraban los huidos que estarian todavía muy distantes los imperiales. Aunque el elector capitaneaba unas tropas esforzadas, y él mismo estaba lleno de valor, como no habia tenido tiempo para prepararlas á la batalla, y los enemigos procedieron con toda la actividad y energía que era capaz de inspirarles el temor de perder una ocasion tan deseada, quedó enteramente derrotado su ejército, y cayó el mismo elector en las manos de los imperiales, con el duque

Ernesto de Brunswick. Esta batalla decisiva, llamada de Mulberga, se dió á 22 de Abril de 1547. El elector, prisionero y herido, fue llevado á caballo adonde estaba el Emperador, y quiso apcarse luego que alcanzó á verle; pero no se lo permitió el Emperador, aunque no le manifestó ninguna señal de benevolencia. Habiéndole dicho el vencido al quitarse el sombrero: „poderoso y elemente Emperador, me doy por prisionero vuestro, supuesto que así lo dispone la fortuna;” le respondió Carlos V con bastante despejo: „¿ahora me tratais de Emperador? Pues yo os ofrezco trataros como merecis.” En efecto, habian llegado los insultos del elector al extremo de llamarle en muchos escritos *Carlos de Gante, que se toma el título de Emperador*. El elector de Sajonia y el duque de Brunswick fueron puestos en lugar seguro hasta nueva órden.

Aprovechándose Carlos V de esta victoria, queria apoderarse de la fuerte ciudad de Witemberg, que se habia burlado de los esfuerzos del nuevo elector Mauricio, y en ella se habia refugiado el hijo primogénito del elector Federico, como tambien su muger y los demás hijos que tenia. En vano se la intimó que se rindiese; pero como el sitio estaba espuesto á muchos peligros, tomó el partido de bloquearla, esperando el éxito de una maniobra mas segura. A fin de obligar á la muger y á los hijos del elector prisionero á recurrir á su clemencia imperial, resolvió disponer las cosas de modo que fuese condenado á muerte aquel Príncipe. Fue esto obra de pocos dias. Se le

formó causa, se juntó el consejo de guerra, se procedió á la votacion, y se hizo todo segun los desig-
nios del vencedor. Se condenó á Federico á morir
degollado por la felonía y rebelion contenida en el
decreto de proscipcion publicado contra él. Al mo-
mento fue el secretario del consejo á leerle la senten-
cia, declarándole que se habia de egecutar el dia
siguiente. Lo oyó el elector sin alterarse, y dijo
despues: „¿para qué es todo ese misterio? No se so-
licita mi muerte, sino la ciudad de Witemberg; y
pluguiera al cielo que mi muger y mis hijos mirasen
mi suerte del mismo modo que yo la miro! Poco ali-
vio es para un viejo achacoso, para un Príncipe que
está ya con un pie en la sepultura, el corto número
de dias desventurados que puede concederle la con-
miseracion. Si estuviera en mi mano, mucho mas
querria asegurar á mis hijos, por medio de una muer-
te pronta, lo poco que les queda, que privarlos de
todo viviendo algun tiempo mas. Pero veo que es ne-
cesario ceder al cariño y á la piedad filial.” Dicho
esto, mandó que le llevasen el aljadréz, y habiéndole
puesto á jugar en compañía del duque de Bruns-
wick, se mostró muy gozoso por haberle ganado dos
partidas.

Entretanto, llena de sobresalto la muger del elec-
tor, comunicó sus temores á su hermano el duque de
Cleves, al elector de Brandemburgo y á otros Prín-
cipes adictos al Emperador. Por espacio de cuatro
dias no hicieron estos mediadores mas que ir y venir
desde la tienda del Emperador á la del proscrito, para

ver si hallaban algun medio de composicion. Cár-
los V, que sabia aprovecharse de sus ventajas, con-
sintió, despues de aparentar mucha repugnancia, y de
haberse hecho muy de rogar, en perdonar la vida al
reo, pero con unas condiciones tan duras, que es de
admirar las aceptase el elector, en vista de la firmeza
y presencia de ánimo que habia mostrado poco antes.
No solo se entregó la plaza de Witemberg, sino que
renunció Federico, en su nombre y en el de sus hi-
jos, la dignidad electoral, conviniendo en que el
Emperador dispusiese de ella á su arbitrio. Renunció
igualmente el derecho que tenia á Magdeburgo, Al-
berstad, Hall, y casi todo lo que poseía todavía su
partido, y quedaron reducidos, así él como sus here-
deros, á la clase de Príncipes de Gotha, con obliga-
cion de demoler sus fortificaciones y de no volver á
levantarlas jamás. A esta corta herencia se añadieron
cincuenta mil escudos de pension anual sobre el elec-
torado y demás posesiones cedidas al duque Mauricio,
el cual fue confirmado en la calidad de elector.

43. El gozo de un triunfo tan completo para Cár-
los V, se disminuyó en parte con la noticia que reci-
bió, estando aun en Witemberg, de que se habia
sublevado el reino de Nápoles, por haber querido
establecer en él la inquisicion. Concedida para esto
la licencia imperial, se declaró en una asamblea ge-
neral del estado, que para impedir que se introdujese
en Nápoles la heregía, habian juzgado indispensable
el Papa y el Emperador establecer en aquél reino el
tribunal del santo oficio: cosa que disgustó á toda la

ciudad. Los tribunales de justicia hicieron presente el peligro, y aun la inutilidad de semejante establecimiento en un país en que todos eran católicos. Pero estando ya de acuerdo el virey D. Pedro de Toledo, y el arzobispo Reinaldo Farnesio, nepote del Papa, no se hizo caso de ninguna reclamación; se publicó el edicto de establecimiento, y se fijó en las puertas de la iglesia catedral. Al ver este cartel se sublevó toda la ciudad. Acudió á la iglesia un gentío innumerable y furioso, rasgó el edicto, y faltó poco para que quedase reducido á cenizas el palacio arzobispal. No pudo el virey calmar lo mas fuerte de la conmoción, sino prometiéndole que no tendria efecto la erección del tribunal: lo que causó tanta alegría, que en todos los barrios hubo fuegos artificiales é iluminaciones por espacio de tres dias. Entretanto continuaba el pueblo armado y resuelto á aventurarlo todo, mientras llegaba la respuesta que daría el Emperador á los diputados que le habian enviado. Se renovó muchas veces la sedición, con mas ó menos fuerza, segun los varios rumores que se esparcian acerca del buen éxito ó de la inutilidad de las representaciones. Al principio quiso Carlos V usar de rigor, y habló con enfado á los diputados que estaban encargados de la causa del pueblo. Pero por último consintió en suprimir el nuevo tribunal, y concedió una amnistía general á los sediciosos, á escepcion de cierto número de los mas culpados, que al principio fue de ciento, luego quedó reducido á veinticuatro, y últimamente á tres. También creyó que debia suprimir la multa

de cien mil escudos que habia impuesto á la ciudad, dejándose llevar del primer movimiento de indignación; porque temia que aquel pueblo inconstante implorase el auxilio de los franceses, y se pusiese bajo la protección de su nuevo Rey Enrique II, cuya estrella, por decirlo así, parecia serle temible.

44. Este Príncipe, que ocupó el trono á los veintinueve años, manifestó gran resolución y firmeza; mucha aplicación á los negocios; particular esmero en observar la conducta de sus ministros; una inteligencia nada vulgar; bastante moderación; y en medio de esto una facilidad algo escésiva en dejarse llevar de las impresiones que se le sugerian; pero una elevación de ánimo que le determinó á conservar en Europa toda la preeminencia de su corona (1). Lo que mas incomodaba á Carlos V, con respecto á este Príncipe, era el rumor de una alianza entre el Papa y la Francia, y de una negociación ya principiada para verificar el matrimonio de Diana, hija natural del Rey, con Horacio Farnesio, sobrino del Pontífice. Con motivo de este matrimonio se habia de dar á Horacio el ducado de Parma, del cual pretendia disponer el Emperador de un modo muy distinto, sin contar con la restitución del Milanesado, que era uno de los objetos que se proponia el Rey en esta alianza, muy á propósito para el logro de su designio. Enrique II recibió de Roma una legación distinguida, y envió á aquella capital á Francisco de Roan, señor de Gié, en calidad de negociador plenipotenciario (2).

(2) *Thon. l. 3.* (2) *Sleid. l. 19. p. 677.*

Habian salido ya de la corte de Francia para el mismo destino siete prelados revestidos de la púrpura romana; pero la comision que llevaban de promover en Roma con toda actividad los intereses del reino, era un artificio del gobierno para alejarlos, y desembarazar á los nuevos ministros de aquella turba de poderosos importunos. No se ignoraba en Francia, que á pesar de las disposiciones personales de Paulo III, el cual se hallaba ya en una edad sumamente avanzada, dominaban de tal modo en su curia las máximas austriacas, que no se podia convenir con ella en ninguna cosa sólida (1).

45. Poco despues se envió tambien á Roma al arzobispo de Rems, Cárlos de Guisa, que acababa de ser condecorado con la púrpura; pero por muy diferente causa de la que habia obligado á enviar á sus cólegas. Era Cárlos sobrino del cardenal de Lorena, cuyo nombre tomó despues de la muerte de su tío, y hermano del famoso duque de Guisa, el libertador de Metz, y el héroe de la Francia. Desde el principio del nuevo reinado gozaba, del mismo modo que toda su casa, de un favor ilimitado y bien merecido, si, á las cualidades que son propias de los grandes hombres, no hubiera añadido una ambicion extraordinaria. El jóven cardenal de Lorena, revestido de la púrpura á los veintitres años, y arzobispo desde los nueve, por un abuso demasiado comun en su siglo, tuvo á lo menos, en medio de las grandezas y de los placeres, el mérito de mostrar constantemente unas

(1) Rivier. t. 2. p. 18.

costumbres puras; el de cultivar las letras como si fuese necesario el estudio para su subsistencia, y el de conservar una adhesion inviolable á la Religion (1). Fue enviado á Roma para mayor autoridad, como ministro mas calificado y de mas valimiento que todos los que le habian precedido, á fin de manifestar al Papa cuán sinceramente se interesaba el Rey, así en los asuntos personales de su Santidad, como en los del concilio. Le recibió Paulo III con una distincion que no tenia egemplar, pues le llevó á su mismo palacio, y le puso en un cuarto que tenia comunicacion con el suyo.

A nada menos aspiraba la política dominante de Enrique II, que á no permitir que Cárlos V fuese mas tiempo árbitro absoluto de todos los grandes asuntos de la república cristiana, y á darle á entender que hallaria en el sucesor de Francisco I una resistencia por lo menos tan firme como en aquel antiguo competidor. Quería Cárlos V restablecer el concilio en Trento, y su embajador amenazaba en Roma que protestaria contra el concilio que se celebraba en Bolonia. Al contrario, el cardenal de Guisa manifestó en nombre del Rey las disposiciones mas favorables con respecto á esta última asamblea, y habian precedido ya los efectos á esta declaracion, pues estaba dada la órden á Claudio de Urfé, nombrado embajador de Francia para el concilio, á sus asociados Miguel del Hopital el arzobispo de Aix, y el obispo de Mirepoix, y á otros trece obispos, para que

(1) Sam. Marth. elog. l. 3.

concurriesen al concilio ecuménico que se celebraba en Bolonia: lo que no tuvo cumplimiento, porque las atenciones y respetos que se creyó obligado á guardar Paulo III en calidad de Padre comun, duraron hasta la muerte de este Pontífice.

46. No por esto dejó Enrique II de servir útilmente á la Iglesia en todos sus estados, pues mientras vivió, que por desgracia fue muy poco tiempo, se mostró invariablemente adicto á la fe católica. Entre los primeros edictos que espidió hubo uno contra la blasfemia, encargando su castigo, como tambien el del asesinato, al decano del tribunal de los mariscales de Francia, con derecho de juzgar sin apelacion. Prohibió que las personas que no se hubiesen dedicado al estudio, disputasen acerca de materias religiosas, y dió una orden aun mas severa contra los que imprimiesen ó vendiesen libros procedentes de Alemania y de otros parages sospechosos, á no haber sido aprobados por la facultad de teología de París. El célebre Roberto Estéfano, habia publicado en el reinado anterior varias ediciones latinas acerca de la Biblia, é insertado en ellas una version, cuyo autor no se nombraba, pero se sabia que era de Leon de Judá, zuingliano declarado; y además habia añadido tambien unas notas de Vatablo, restaurador de la lengua hebrea en Francia, y uno de los primeros profesores de ella en el colegio real. Fue fundado este establecimiento por Francisco I, á instancias de Budeo, otro sábio aun mas estimable, verdadero padre de la literatura francesa, igual, ó á

lo menos el mas digno émulo de Erasmo, esto es, del primer hombre de su siglo (1). Era igualmente apreciable por su rectitud y probidad, por su desinterés en medio del favor que gozaba, por su generoso patriotismo, y por su adhesion inviolable á la religion de sus padres, no obstante que su muger y dos de los muchos hijos que tuvo se retiraron á Ginebra despues de su muerte, y abrazaron allí el calvinismo. Las notas de Vatablo, á lo menos segun las publicó Roberto Estéfano, el cual las alteró efectivamente ladeándolas á favor de las novedades de cuyo veneno no supo preservarse, merecieron la censura de los teólogos de París, á quienes reiteró Enrique II las órdenes que sobre este punto habian recibido ya del Rey su padre (2). Se llegó al extremo de suprimir todas las ediciones de los libros sagrados hechas por Estéfano, y fueron colocadas en el número de los libros prohibidos: rigor excesivo, pues se reprobaban muchas cosas escelentes; pero entonces se temian en Francia aun las apariencias de la impiedad, y no faltaba razon para suponer intenciones dañadas en un hombre que habia delinquido evidentemente en otros muchos artículos.

47. El mismo Roberto Estéfano justificó la severidad con que se le habia tratado, haciendo alarde del calvinismo y de la apostasia. Siguió el camino trillado por los hereges que no podian estar ya ocultos en Francia, y poco despues de haber llegado á

(1) *Hist. de la Igl. de Franc. t. 18. p. 341.*

(2) *D' Argent. de nov. error. t. 2. p. 144.*

Ginebra, publicó un libelo de los más injuriosos contra la Religión católica. Sin embargo, fue una pérdida lastimosa para el reino, y aun para la Religión, como tan interesada en los progresos de las ciencias, la apostasía de un ciudadano tan superior á su profesion por sus conocimientos científicos, y por las demás prendas de que estaba adornado. No tenia mas anhelo que la gloria, el interés de las letras y el esplendor de su pátria. Aunque sus bienes de fortuna eran bastante regulares con respecto á su celebridad, convidaba y mantenía en su casa á los literatos de todos climas y lenguas. Como estos extranjeros no sabian el francés, era el latin la lengua doméstica en casa de Estéfano. Su muger, sus hijos, y aun sus oficiales, se familiarizaban con Cicerón, Terencio, Horacio y Virgilio, y con todos los buenos autores antiguos. Despues que habian pasado sus obras por todas estas manos hábiles, presentaba las últimas pruebas en las plazas públicas, ofreciendo recompensar á cualquiera que hallase en ellas algun defecto; de suerte que ni aun ahora pueden verse sin una especie de admiracion las obras maestras que salieron de aquel taller de las musas, especialmente las dos ediciones del viejo testamento; y mucho mas si se atiende al siglo en que se hicieron. Enrique Estéfano, hijo de Roberto, al cual igualó en erudicion, y su nieto Pablo, perseveraron en el calvinismo. Al cabo de tres generaciones dió á entender Antonio Estéfano, biznieto de Roberto, la inestabilidad de estas religiones efimeras, volviendo á la fe primitiva de sus

antepasados. Reparó en cuanto le fue posible, con la impresion de una multitud de obras escelentes, el escándalo de las obras de tinieblas que su familia habia publicado, durante su eclipse, contra las verdades católicas.

48. Mandó tambien Enrique II perseguir á Santiago Spifamio, obispo de Nevers, que por un efecto de su relajacion habia incurrido en la heregía (1). Este hombre infeliz, á quien no faltaba talento ni favor, y que habia sido elegido entre los obispos del reino para asistir al concilio de Bolonia, se enamoró de una doncella con la cual tenia demasiada comunicacion; de la familiaridad pasó al crimen; de este vergonzoso comercio á un matrimonio mas escandaloso, y por último á la heregía que justificaba todos estos excesos y trataba de puerilidades los remordimientos que eran consiguientes á ellos. Pero ni el Rey ni los magistrados celosos de la capital pensaban de este modo. No pudo egecutarse tan en secreto el sacrilego matrimonio del obispo, que no penetrasen con su vigilancia una pasion que pocas veces acierta á estar oculta; y el primer acto de su autoridad fue un decreto de prision contra el prelado disoluto, el cual creyó que no convenia esperar otros. Se quitó, pues, la mascarilla, desamparó su iglesia, prefiriendo la muger á los bienes de fortuna, que eran muy considerables, y huyó con ella á Ginebra, donde la esposa de un obispo fue gran motivo de triunfo para la insolente reforma. Fueron recibidos los dos esposos con mucho honor, y

(1) *Thou. l. 22. Gall. christ. Eccl. Nivern.*

se hizo el esfuerzo de dar asiento al obispo entre los senadores plebeyos. Sospecharon los ginebrinos que pensaba en volver á entrar en la Iglesia católica, y empezaron á averiguar su conducta con una actividad igual á la indiferencia que habian mostrado hasta entonces. El hombre que sacrifica su creencia á los impulsos de una pasión, rara vez deja de pasar adelante en el camino del crimen. Se descubrió que Spifamio habia estado amancebado por espacio de tres años con una estrangera, en vida de su marido; y que respecto de la que habia llevado consigo á Nevers, anticipó la fecha del contrato matrimonial, y falsificó los sellos por favorecer á un hijo que habia tenido de ella antes de tomarla por muger. Le prendieron, le hicieron su interrogatorio, y habiéndolo confesado todo, fue degollado públicamente. Murió muy arrepentido de sus delitos, segun dice el historiador protestante de Ginebra (1). ¡Dichoso él, si se arrepintió de su apostasía igualmente que de las demás maldades que habia cometido!

49. En los primeros años del nuevo reinado, experimentaron muchos hereges dentro de su misma patria el rigor efectivo de las leyes (2). Poco despues de la entrada solemne de Enrique en la capital, hubo un gran número de ellos que sufrieron el castigo del fuego. Mandó el Rey que fuese precedido su suplicio de una procesion general, como de un testimonio del ódio con que miraba el cuerpo de la nacion la obstinacion impia de algunos de sus miembros. Llevaron

(1) *Spond. t. 2. p. 48.* (2) *Hist. de París p. 32 y siguientes.*

el santísimo Sacramento como en triunfo, con las reliquias mas insignes, desde la iglesia de San Pablo á la de nuestra Señora, y asistieron á este acto con el mayor respeto todas las comunidades eclesiásticas y regulares, todos los consejos y tribunales, el Rey, la Reina, los Príncipes de la sangre y los grandes oficiales de la corona, con un gentío inmenso. Concluidos los divinos officios, fueron todos los cuerpos al palacio arzobispal á dar gracias al Monarca, y á manifestarle la sinceridad de los sentimientos religiosos de que creía penetrado á su pueblo. „ Un Dios y un Rey, una fe y una ley, dijo entre otros el corregidor: esta es, Señor, la divisa de vuestra buena ciudad de París, y la máxima profundamente grabada en los corazones de todos sus habitantes.” Los hereges fueron ajusticiados al anochecer en diferentes barrios de la ciudad; y al volver el Rey á palacio, vió quemar algunos: lo que no mereció la aprobacion general, porque sin embargo de que no se proponia el Monarca mas que la idea de manifestar é inspirar horror á la heregía, creyeron muchos que no convenia á la magestad de los Reyes, que son imágen de Dios en la tierra, representarle en persona, como no fuese por medio de la clemencia y de la beneficencia.

Pero todo París respiraba entonces aversion al error y á la impiedad, y así aplaudió los decretos que renovó este Príncipe contra las nuevas doctrinas. Mandó Enrique espresamente que se castigase con pena capital, sin ninguna escepcion, á los hereges obstinados ó relapsos, y á todos los que hubiesen